

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XI después de Pentecostés.

De la muerte y resurrección de Jesucristo.

MADOS hermanos míos: Aconteció en tiempo del Apóstol San Pablo, que algunos ciudadanos de Corinto, imbuidos en las opiniones de la filosofía pagana, comenzaron á dudar sobre la futura resurrección de los muertos; y como esta verdad es uno de los principales dogmas de la Religión cristiana, levanta su voz el grande Apóstol, é inspirado por el Espíritu Santo, les escribe de esta manera: *Quiero, hermanos, que recordéis la doctrina que os prediqué (tocante á la resurrección de los muertos); pues así como entonces la recibisteis, es preciso que perseveréis en ella, y seréis salvos, con tal que la guardéis como Yo os la he anunciado; porque de otra suerte en vano habríais abrazado la fe. Desde el principio os enseñé lo mismo que Yo había aprendido (de Cristo y del Espíritu Santo por revelación), á saber: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fué sepultado, y que resucitó al tercero día, según las mismas Escrituras; y que se apareció á Cefas y después á los once (Apóstoles); que luego fué visto por más de quinientos hermanos, que estaban juntos, de los cuales aún viven muchos, y algunos ya murieron. Después se apareció á Santiago, y luego á todos los Apóstoles, y por último á mí, que soy el menor de los Apóstoles, y que no merezco ser llamado Apóstol, porque perseguí á la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido en mí vana ó estéril.* (I Corint., XV, 1 al 10.)

He aquí, amados míos, el argumento que emplea San Pablo para que nadie dude de la verdad de la resurrección de Cristo; y yo, siguiendo su mismo espíritu y basado en la misma Epístola, intentó mostraros ahora:

- 1.º Que Jesucristo murió realmente.
- 2.º Que Jesucristo resucitó.

PUNTO 1.º

MUERTE Y SEPULTURA DE JESÚS

Creo de mi deber, hermanos míos muy amados, recordaros ahora el Evangelio que os he predicado (en diferentes ocasiones), y que vosotros habéis recibido, y en el que habéis permanecido firmes y por el cual habéis de salvaros. De este modo, cristianos, comenzó el Apóstol la Epístola de este día, hablando á los fieles de Corinto, y de igual manera comienzo yo preguntando: «¿Qué Evangelio es ese á que se refiere el gran Doctor de las gentes?»—Oigamos á él mismo, que lo expresa á continuación diciendo: «Desde el principio os he enseñado lo que he aprendido.» Es decir, que San Pablo enseña por escrito á los fieles de Corinto, y con ellos á todos nosotros, la misma doctrina que él aprendió de viva voz, salida de los labios de los demás Apóstoles, como depósito sagrado que recibieron de Jesucristo, y que después, mediante ellos, hemos recibido todos por sus sucesores en el Apostolado, para obtener nuestra eterna salud. San Pablo enseñó con palabras lo que de palabra había recibido, y además lo enseñó por escrito para todas las generaciones por venir, y esto con la particular asistencia del Espíritu Santo. (Tradidi enim vobis in primis, quod et accepi)

Y nos enseñó — dice el mismo Apóstol — que *Cristo murió por nuestros pecados, según estaba predicho en las Escrituras. Y que fué sepultado* (1). Como diciendo: «En testimonio de que real y verdaderamente murió Cristo nuestro Señor, fué sepultado (*sepultus est*); porque á los vivos nadie les da sepultura. Y murió por nuestros pecados, no por los suyos, puesto que siempre fué inocente, inmaculado, purísimo y santísimo; murió como el Cordero de Dios inmaculado en la Pascua, para borrar todos los pecados del mundo. (*Ecce Agnus Dei; ecce qui tollit peccata mundi.*)

He aquí, en resumen, lo primero que enseña el Apóstol como dogma fundamental de nuestra fe, y que nosotros debemos creer y grabar bien en lo íntimo de nuestro corazón. Nadie puede negar ni dudar de que Jesucristo murió real y verdaderamente; porque esto fué un hecho público, acaecido en la mitad del día y á vista de casi

(1) Quoniam Christus mortuus est pro peccatis nostris, secundum Scripturas. Et quia sepultus est. (I Corint., X, 3.)

todo el mundo; pues tuvo lugar en presencia de los judíos reunidos de las cuatro partes de la tierra en Jerusalén, y atestiguado en general por todas las naciones que entonces componían el Universo. Ni en Jerusalén, ni en Roma, ni en provincia alguna dependiente del Imperio romano se puso jamás en duda la muerte de Jesucristo en una cruz; lo único en que difieren los infieles de los cristianos es en que ellos niegan que muriese por nuestros pecados, y nosotros afirmamos con San Pablo, que según las Escrituras, su muerte fué por redimir al mundo de todos sus crímenes. (*Pro peccatis nostris.*) ¡Qué malicia entrañará el pecado, cuando para expiarle fué preciso que Dios descendiese del Cielo y se hiciera pasible y mortal, y que realmente muriera con muerte ignominiosa de cruz! ¡Cuál debe ser, Dios mío, vuestro odio al pecado, cuando no perdonáis ni aun á vuestro propio Hijo, por haber tomado la semejanza de los pecadores y tratar de satisfacer por ellos!

Y si todo el mundo confiesa la muerte de Jesucristo clavado en la Cruz como un hecho histórico innegable, de igual manera y por idéntica razón se evidencia que su cuerpo Sacratísimo fué puesto en el sepulcro, después que un soldado hirió su pecho con la lanza para asegurarse de su muerte. La sepultura de Cristo nuestro Señor es un hecho tan cierto y demostrado como el de su misma Pasión y muerte, y para que nadie en el mundo pudiera abrigar la menor duda de su resurrección, quiso la divina Providencia que el cuerpo adorable de Jesucristo estuviese en el sepulcro, no sólo algunas horas, sino parte de tres días, desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana. ¿Qué prueba más clara se necesita para evidenciar su muerte y sepultura?

Pero dejando este punto, por ser tan probado que nadie en sano juicio le puede negar, os diré ahora dos palabras sobre la resurrección gloriosa de Jesucristo, fundamento de nuestra creencia.

PUNTO 2.º

DE CÓMO CRISTO RESUCITÓ

Oigamos ante todo al gran Apóstol, quien en la Epístola de este día, dice así: «Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras: ha sido sepultado y ha resucitado al tercer día, según las mismas Escrituras. Se apareció á Cefas, y luego á los once (Apóstoles; esto es, al Colegio Apostólico). Después ha sido visto por más de

quinientos hermanos juntos, de los cuales hay muchos que viven todavía; y además se apareció á Santiago, y más tarde á los doce Apóstoles (estando presente Santo Tomás.—*Deinde Apostolis omnibus*); y finalmente, le he visto yo, que soy el último de todos y como un abortivo, porque he perseguido la Iglesia de Dios.

Tales son, carísimos hermanos, los testimonios que aduce San Pablo para evidenciar la resurrección del Señor, y en verdad que bastan á toda persona sensata; porque se trata de testigos oculares, muchos en número, de diversas edades y condiciones, en diferentes tiempos y lugares, muchos de ellos prevenidos en contra, y tanto que Santo Tomás, para creerlo, necesitó verlo y meter sus dedos en las llagas abiertas de sus manos. Y claro es, que tantas gentes *no podían engañarse*, porque lo estaban presenciando, y hablaban y comían con Jesús resucitado, *ni podían querer engañar*, porque hubiera sido imposible ponerse de acuerdo, y porque carecía de interés el perverso designio de querer engañar á los demás hombres. Luego, si los innumerables testigos de la resurrección no pudieron engañarse, ni quisieron engañar, ni aun cuando quisieran pudieran hacerlo, es evidente que dijeron verdad y que Cristo se les apareció resucitado y glorioso.

Y esta demostración sube de punto, considerando que todos los Apóstoles, después de haber visto muchas veces á Jesucristo resucitado, durante cuarenta días, dieron su vida por atestiguar ante el mundo entero la resurrección del divino Salvador. Basta citaros á San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, quien en el primer discurso que dirigió á los judíos, después de Pentecostés, les habló de esta manera:

«Varones de Judea, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oid con atención mis palabras (1)... Vosotros sabéis, pues lo habéis visto con vuestros propios ojos, que Jesús de Nazaret ha sido un hombre á quien Dios hizo célebre entre vosotros, con las maravillas, prodigios y milagros, que obró en vuestra presencia. A este hombre, que por determinado consejo y prescencia de Dios, os fué entregado, le quitasteis la vida, crucificándole por manos de malvados; pero Dios le resucitó... (Versos 22 á 24.) A este Jesús resucitó Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros... Por tanto, sepa certísimamente toda la casa de Israel, que Dios hizo señor y Cristo á este Jesús, á quien vosotros crucificasteis (Versos 32 al 36.)» Esto dijo San Pedro, y los judíos al oírle se

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. II, 14.

compungieron de corazón y dijeron á los Apóstoles: «*Varones hermanos, ¿qué haremos?*»

Nótese, amados míos, la transformación que hubo en los Apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo. Pedro, que antes tembló á la voz de una criada, se presenta ahora en medio de un concurso muy crecido, y con energía sobrehumana, como doctor y maestro, enseña á todos que Jesús era *el Hijo de Dios, el Mesías prometido*, que ellos le habían quitado la vida y que había resucitado; y desde entonces hasta hoy, y hasta la consumación de los siglos, la Iglesia ha mirado y mirará siempre como dogma fundamental de nuestra fe la resurrección de Jesucristo. ¿Para qué se quiere mayor prueba de esta verdad que os estoy predicando?

No obstante, si alguno la necesitare, lea el Santo Evangelio, según San Mateo, cap. XXVIII, que dice así: «En la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana (esto es, del domingo), María Magdalena y la otra María fueron á visitar el sepulcro (de Jesús). Y hubo un gran terremoto; porque el ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose apartó la piedra y se sentó encima. Su rostro estaba centelleante, y su vestidura (blanca) como la nieve.

Los guardias (que custodiaban el sepulcro), al verle, llenos de espanto, se quedaron como muertos. Mas el ángel dijo á las mujeres: «Vosotras nada temáis; pues sé que buscáis á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí; porque *ha resucitado*, como dijo: venid y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. Apresuraos á ir á decir á sus discípulos *que ha resucitado*; y he aquí que va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis; os lo predigo... Y mientras ellas iban, alguno de los guardias fueron á dar cuenta á los príncipes de los Sacerdotes de lo que había pasado. Y habiéndose éstos reunido, formaron consejo con los ancianos, y dieron gran cantidad de dinero á los soldados, diciéndoles: «Decid que sus discípulos han venido de noche y lo han robado mientras dormíais.»

Hasta aquí la narración evangélica, y sobre ella dice San Agustín: «¡Oh ciegos judíos! Vosotros sois los que dormís, pues recurriendo á un artificio tan poco verosímil, descubriste la impostura. Si los guardias dormían, ¿cómo vieron el robo?» (S. Agust., in Psal. LXIII.)

Por último, hay un argumento ineludible que prueba hasta lo sumo la verdad de la resurrección de Jesucristo. Hele aquí: En Jerusalén, en Corinto, en Roma, en Efeso y en todos los países del mundo conocido, los Apóstoles predicaron la resurrección del Señor, y los pueblos la creyeron. Una de dos; ó la creyeron en virtud de

los milagros que presenciaron, ó sin ellos. Si por los milagros; luego es una verdad, porque los milagros la evidencian. Y si creyeron la resurrección sin milagros por parte de los Apóstoles que la predicaban, ¿qué mayor milagro que haber creído sin milagros? Luego siempre hay milagro en la creencia de la resurrección, y por consecuencia, es una verdad innegable.

No insistiré más en esta prueba, y concluyo diciéndoos: Amados míos: «Es preciso creer en la muerte y en la sepultura de Cristo, tal como la expresa el Apóstol en la Epístola de este día. Es preciso creer que el divino Redentor murió por nuestros pecados y no por los suyos propios, que jamás los tuvo. Es preciso creer que resucitó al tercer día de entre los muertos, según estaba predicho en las Santas Escrituras. Es preciso creer la voz del Apóstol, que, divinamente inspirado, nos declaró hoy esta verdad, y que la selló con su sangre. Es preciso que creamos lo que en todos los países del mundo se ha creído, en vista de los prodigios más evidentes y más incontestables. Es preciso creer lo que los Apóstoles y primeros discípulos vieron sin peligro de engañarse, y que nos aseguran sin peligro de engañarnos. Es preciso creer lo que las antiguas Escrituras nos han anunciado muchos siglos antes de que sucediese, y lo que las nuevas nos refieren haber sucedido tantos años ha. Es preciso, en suma, que seamos creyentes en todo lo que enseña nuestra Santa Madre Iglesia, columna y firmamento de la verdad, que no puede engañarse ni engañarnos; pues de esta manera daremos gloria á Dios en la tierra, y, salvando nuestras almas, continuaremos dándosela eternamente en el cielo.» Amén.

HOMILIA 2.^a

Para el Domingo XI después de Pentecostés.

De la resurrección de la carne.



AMADOS hermanos míos: En el capítulo XV de la Epístola primera de San Pablo á los fieles de Corinto, de donde está tomada la Epístola de este día, prueba el Apóstol con argumentos irrecusables primeramente la *muerte, sepultura y resurrección*